

Fernando Vallespín

La sociedad de la intolerancia



Galaxia Gutenberg

FERNANDO VALLESPÍN

La sociedad
de la intolerancia

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© Fernando Vallespín, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 2111-2021
ISBN: 978-84-18526-37-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Sofía,
la recién llegada*

Lo nuevo siempre aparece en forma de milagro.

HANNAH ARENDT

Introducción: La erosión de la cultura política liberal

Cuando el delegado del Gobierno en Madrid no autorizó la manifestación del pasado 8-M, la ministra de Igualdad, Irene Montero, proclamó que se estaba «criminalizando al feminismo». Quien dictó la prohibición lo hizo, como es obvio, porque lo exigía la situación sanitaria. Además, era del mismo partido con el que dicha ministra compartía gobierno. Eso no obstó para que declarara que quienes denegaron el permiso tenían una «agenda reaccionaria convenientemente engrasada». Recordemos que en ese momento Podemos se hallaba en plena disputa sobre el feminismo dentro de la propia coalición de gobierno, así que cuando hablaba de feminismo, del «criminalizado», debía de referirse al suyo propio, al que ella deseaba implantar, visto como el «auténtico», el que «debe ser»: el de los nuestros.

Poco después, en cuestión de días, la Comunidad de Madrid prohibió que dicha ministra diera una conferencia sobre esos mismos temas en un instituto. La razón que se dio es que había que evitar que los jóvenes fueran *adoctrinados*. En este caso nos encontramos con el reverso de la misma patología, el presuponer que quien se desvía de lo que para los gobernantes conservadores de Madrid es la verdadera posición ante el problema debe ser silenciado. El disidente no opina, «adoctrina». Desde una perspectiva

liberal clásica, lo lógico hubiera sido que a los bachilleres de Madrid se les ofreciera una muestra de las diferentes posiciones existentes sobre estas cuestiones de género y el problema de los trans, y que a partir de ahí ellos se construyeran la suya propia.

No es preciso decir que algo así no se les pasa por la imaginación a quienes ya poseen un posicionamiento sobre algo que está endurecido, que es fijo e inalterable. Lo malo es que este mismo síndrome está presente en casi todo lo que nos encontramos en los debates públicos. Los ejemplos abundan, y a lo largo de este libro iremos presentando alguno más. Quienes, para bien o para mal, nos dedicamos a la actividad de estar en los medios de comunicación lo tenemos ya bien interiorizado, el machaque en las redes cada vez que se emite alguna opinión que no complace a alguien. Si por un casual se le ocurre a uno adoptar una actitud «equidistante» o no ajustada a la tendencia actual de reducir cualquier discusión a una disputa binaria, te agredirán por los dos lados. No hay salvación posible, te muevas hacia donde te muevas, siempre habrá alguien que se sienta agraviado por tu opinión y así te lo hará saber. Algunos con mayor o menor educación; otros, con total agresividad, con escarnio e incluso insultos. Lo que te pide el cuerpo al final es quedarte calladito, justo lo que no puedes hacer cuando te llaman para, precisamente, *opinar*.

La otra opción, seguida por muchos como mecanismo de defensa o estrategia de supervivencia, es entrar tú mismo en ese juego y opinar siempre en *contra* de alguien. Ya que, diga lo que diga, lo que me espera es la ducha fría de la descalificación, el mal menor es tomar partido, así al menos se adquiere el beneplácito de una de las partes. Porque las reacciones no van solo en una dirección, la de la

reprobación pública, también hay verdaderas olas de aplauso o encomio. Unos te machacan y otros te jalean. Y dentro de las condiciones en las que opera nuestra economía de la atención, lo importante es gozar de impacto, aun a costa de tener que renunciar a las matizaciones o incluso a lo que de verdad se piensa. Lo tengo más que comprobado: la rentabilidad directa de una columna, por ejemplo, depende de cuán radical sea el pronunciamiento a favor de alguna de las opciones enfrentadas, de la visceralidad de la crítica a algún actor político, de la descripción en blanco y negro. Como el autor se ande con matices, tome distancia de las partes o zurre a unos y otros, o entre en una exposición más o menos sofisticada y técnica, la repercusión sobre las redes disminuye considerablemente.

Desde luego, muchos hacemos caso omiso a esas dinámicas y decimos lo que nos place, pero si algún día nos dejamos llevar por la pasión o consideramos que alguien merece algún correctivo serio, en ese caso enseguida nos sorprende el favorable efecto que encuentra. Y es difícil sustraerse al chute que proporciona el ser llevado en volandas por los entusiastas, e incluso el morbo de la reacción destemplada de los críticos. «Ladran, Sancho, señal que cabalgamos.» Eso, el ladrido, es la condición casi natural de nuestro nuevo espacio público. El caso es que los incentivos caen del lado de buscar la bronca, que favorece que lo escrito adquiera una mayor difusión, y en una cultura tan subordinada a lo cuantitativo y donde la precariedad es casi el estado natural de cualquier escritor, hace que las firmas más leídas se aseguren la permanencia en sus respectivos medios. El beneficiario de este incentivo perverso es la polarización, la contundencia en las opiniones, la descalificación visceral de las que no encajan en lo exigido por el otro bando, la pérdida del matiz. Y, como

aquí trataremos de justificar, el desvanecimiento de la tolerancia, la pérdida paulatina de la capacidad para aceptar lo que no nos gusta, el quebranto del respeto por el que discrepa.

Frente a esta queja pueden elevarse algunas objeciones que no son menores. La fundamental es que va de suyo que emitir una opinión en público presupone someterse a la crítica. En eso consiste precisamente el juego democrático. Sin crítica, por muy hiperbólica o destemplada que esta sea, no hay democracia digna de tal nombre. Esas son las reglas, y si no le gustan, tiene la piel demasiado fina o carece de espaldas lo suficientemente anchas para encajarla, más vale que se dedique a otra cosa. ¡Desde luego! Mas esa no es la cuestión principal. Como aquí trataremos de explicar, el problema no es que unas posiciones se enfrenten a otras. Todo lo contrario, es ahí donde las sociedades abiertas encuentran su chispa, en permitir que florezca una cultura de la discrepancia, y en hacer de esta el impulso principal para poder ilustrarnos conjuntamente. Uno aprende de quienes discrepan, de quienes transgreden, no de los afines. Por otro lado, se dirá, tanto en los medios como en las redes sociales abundan las descalificaciones mutuas, las agresiones verbales, incluso los discursos del odio, pero ¿a qué vienen tantos aspavientos? En definitiva, ¿acaso no es lo que ha ocurrido siempre? La única diferencia es que hoy, gracias a las redes sociales y a internet, en general podemos enterarnos de lo que la gente realmente piensa; antes, sus opiniones estaban siempre distorsionadas por los medios de comunicación, por los formalismos técnicos de las encuestas de opinión, por su incapacidad para eludir las mediaciones para acceder al espacio público. Además, ¿por qué deberían ir estas nuevas prácticas en contra del concepto de

tolerancia? Total, el enfrentamiento de opiniones solo es posible en realidad bajo las condiciones que ella ampara.

Todo esto es cierto, sin duda, pero con muchos matices importantes. Afirmar que no existen restricciones a la hora de manifestarse sobre lo divino o lo humano no tiene que ver necesariamente con la tolerancia, sino con la libertad de expresión, algo que está garantizado en todos los sistemas democráticos, aunque este es un campo al que también habremos de aludir. Y la crítica constante y mordaz tampoco es el problema, ya hemos dicho que va pegada como una lapa a la democracia. La tolerancia tiene que ver más bien con cuáles son las *reacciones* o las actitudes ante lo que se dice o critica –o lo que alguien es–, al reconocimiento y el respeto del interlocutor, no a que las opiniones puedan emitirse o no. La tolerancia presupone además que se está en desacuerdo, muchas veces profundo, con lo emitido –o el ser de alguien– y que aun así estas diferencias se aceptan y coexisten sin grandes problemas. De no incorporar dicho elemento del rechazo, el concepto carecería de sentido, no hace falta tolerar lo que nos deja indiferentes. Luego lo veremos con calma. A donde quiero llegar ahora es a que hemos ido perdiendo de vista las implicaciones de dicha virtud, y esto ya es en sí mismo un síntoma grave. O sea, que cada vez somos más intolerantes sin saberlo. Y esto está empezando a tener importantes efectos.

Unas palabras sobre el título. Hay todo un género ensayístico que se vale de títulos como «La sociedad de...». Los ejemplos abundan: *La sociedad del espectáculo* (C. Debord), *La sociedad del cansancio* (Byung-Chul Han), *La sociedad del miedo* (H. Bude) o, más recientemente, *La sociedad decadente* (R. Douthat) o *La sociedad de las singularidades* (A. Reckwitz). Y podríamos mencionar una bue-

na decena más, por referirnos solo a autores conocidos. La idea central detrás de estos títulos es poner el foco sobre un aspecto de la vida social o política que no suele merecer la atención que debiera, aportar un diagnóstico sobre nuestro mundo a partir de alguna tendencia tan relevante como novedosa. Dada la actual imposibilidad de dar cuenta del todo, se elige un elemento que se considera relevante para, a partir de ahí, ofrecer algo así como un destello reflexivo que nos pueda ilustrar sobre alguna pauta del cambio social y político.

Esto y no otra cosa es a lo que aquí aspiramos, sacar a la luz una tendencia –quizá no del todo percibida en toda su profundidad– para enhebrar un análisis que inevitablemente nos debería conducir más allá de lo que anticipa el título. Porque el análisis que aquí emprendemos desea darle vueltas a una hipótesis; a saber, que el aspecto quizá más notable de la tan cacareada crisis de la democracia tiene que ver sobre todo con la progresiva erosión de la *cultura* política liberal. La amenaza no viene, como siempre tendemos a decir, de los «hombres fuertes» populistas; su más formidable enemigo es mucho más sutil y casi inapreciable porque se arraiga en comportamientos y actitudes que poco a poco van erosionando ese tejido imprescindible que sostenía las instituciones y prácticas democráticas y permitía presentarnos como «sociedades abiertas». El debilitamiento y el abandono progresivo de algunos elementos de dicha cultura es lo que precisamente favorece la caída en actitudes populistas. No es el único factor, desde luego, pero su importancia no debe subestimarse.

El principal elemento de la cultura liberal que se halla en peligro es, por reconducirlo a una única palabra, la tolerancia. Consideramos que este concepto ofrece un

magnífico marco de discusión sobre nuestras actuales diferencias políticas, morales e identitarias, porque su principal función consistía, en efecto, en permitir que pudieran ser arbitradas y resueltas sin generar fisuras en la convivencia. Su doble cara de dispositivo a la vez pragmático y normativo lo hacían idóneo como mecanismo integrador de sociedades cada vez más plurales y diversas. Aludir a que algo en este intangible podría no estar funcionando debería alertarnos porque presupone que podríamos estar perdiendo uno de los principales instrumentos que nos cohesionan, un magnífico diluyente de los conflictos e incluso una forma de vida, aquella que nos permite vivir en libertad dentro de nuestras discrepancias.

Ocurre, sin embargo, que no basta con afirmarlo, habrá que aportar alguna evidencia, algo difícil dado que carecemos de estudios empíricos que den cuenta de todas y cada una de las dimensiones que abarca el concepto. Hay algunos que lo tocan de forma indirecta, como el nivel de polarización política existente en algunas sociedades, pero la polarización puede ser un síntoma, aunque no explica toda la enfermedad. Es uno de tantos aspectos que correlacionan con la intolerancia, pero tampoco nos lleva demasiado lejos. En otros estudios se pregunta sobre cuestiones tales como hasta qué punto el entrevistado se siente libre de opinar sobre determinados temas, que muestran también resultados inquietantes. Siempre cabe la duda, empero, de qué valor exacto otorgar a esos u otros datos similares. Aquí nos aventuramos, pues, por territorio minado. Y es también la causa de que hayamos elegido la forma del ensayo, no la del tratado de ciencia política. Su destinatario es el ciudadano común, no el colega académico. Y a él o ella nos dirigimos en aplicación de una de las

funciones que John Rawls atribuía a la teoría política, ayudar a que los ciudadanos puedan orientarse en su propio mundo social y político. Judith Shklar lo presenta con más contundencia: no se trata de decirles lo que deben pensar o dejar de pensar, sino de asistirles a la hora de «acceder a una noción más clara sobre lo que ya saben y lo que dirían si consiguieran encontrar las palabras adecuadas». Es decir, acompañar al ciudadano en esa siempre difícil tarea de desentrañar nuestro mundo político.

A parte de recurrir a un lenguaje llano y libre de la jerga especializada, lo que nos ha resultado más difícil en un objeto como este es la multiplicidad de interrelaciones e interconexiones temáticas; todo está conectado con todo lo demás, casi en cada epígrafe habría que haber hecho referencia a lo que se contiene en los otros. Cartografiar los datos del presente siempre es complicado, nos falta perspectiva. Aun así, algún orden había que introducir, aunque pueda ser discutible el que al final hemos elegido. Como ya tienen el índice, el hilo escogido preferimos presentarlo ahora a partir de las preguntas principales que nos han ido guiando a lo largo de este viaje. Recuerden que la primera y fundamental giraba en torno a la posible erosión de la cultura política liberal y, en particular, de la tolerancia. Por eso era importante comenzar por preguntarnos cuándo y por qué hemos dejado de entendernos, ¿qué pasa con nuestra conversación pública, por qué es tan patológica? Y aquí es inevitable recurrir a las transformaciones sufridas en nuestro espacio público, a las nuevas condiciones de la comunicación introducidas por la incorporación del medio digital, donde se percibe una preocupante incapacidad para ofrecer una descripción del mundo mínimamente objetiva y compartida para, a partir de ella, negociar nuestras muchas discrepancias.

El segundo grupo de preguntas aborda otro aspecto decisivo: ¿dónde se percibe de forma más nítida la erosión de la que hablamos? Esto hemos creído encontrarlo en la actual dinámica caracterizada por el tránsito del pluralismo al tribalismo, cuando las opiniones se endurecen y «moralizan» y se hacen inmunes a la crítica, o se entra en una encarnizada polarización entre bloques. El resultado es que todo ello deriva en una belicosidad que desemboca en eso que se ha dado en llamar la «cultura de la cancelación», uno de los más extraños y preocupantes fenómenos políticos a los que estamos asistiendo en nuestros días, pero que afecta a uno de los principales dogmas liberales, la libertad de expresión. Todo esto no sería comprensible si no accedemos, aunque sea de forma esquemática, a otra de las señas de nuestro tiempo: la cuestión de las identidades. En efecto, si el pluralismo deviene en tribalismo y el individualismo se disuelve en identitarismo, podemos haber entrado ya en el comienzo del final de las sociedades liberales.

El tercer bloque se ocupa de desarrollar lo que estaba implícito en los anteriores, pero era preciso especificar: el concepto de tolerancia. No podremos hacerlo en toda la complejidad que posee, pero esperamos que, sobre el trasfondo de lo anterior, sirva para sostener la tesis central de este trabajo, nuestro tránsito hacia la sociedad de la intolerancia. Ahí veremos cómo el debilitamiento de estas prácticas apunta hacia una grave puesta en cuestión de nuestros fundamentos normativos, los propios de la filosofía política liberal, que parecen haber perdido su anterior solidez y eficacia. No en vano, ellos se encargaban de definir los límites de lo tolerable e intolerable. Quizá fuera excesivo decir que las otrora sólidas distinciones que dotaban de armazón a nuestros sistemas liberal-democrá-

ticos estén siendo deslegitimadas, pero es innegable que gran parte de la actual contenciosidad política gira en torno a su redefinición y contestación, en todo o en parte.

En un trabajo de estas características, no hemos podido entrar en cuáles son las causas de este proceso, aunque todo apunta a que esta nueva sociedad tecnológica, globalizada y sujeta a las contradicciones provocadas por la economía neoliberal –desigualdad, emigraciones, refugiados– han contribuido a tensionar a los sistemas políticos de la democracia liberal, que ya desde antes venían mostrando señales de fatiga y una cierta incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos. Y aquí el rebrote de los populismos puede entenderse como uno de sus principales signos. Si, como trataremos de argumentar, se nos resquebraja dicho consenso normativo, ¿qué es lo que nos unifica, qué nos cohesiona? Porque las sociedades plurales y diversas precisan de algún cemento normativo, algún terreno común, algunos principios que permitan la convivencia de tanta diversidad y consigan sumar voluntades para hacer frente a los formidables desafíos del futuro.

La cuestión final reside en indagar hasta qué punto estaremos entrando en una sociedad *posliberal*. Aunque no hay apenas diferencias semánticas, preferimos este término al de *iliberal* porque consideramos que ha sido muy contaminado por la disputa en torno a los populismos. Un sistema iliberal sería aquel en el que se han producido ya de hecho recortes en cuestiones tales como la independencia judicial o el control de los medios de comunicación; en el posliberal estos presupuestos institucionales subsisten, pero las bases sobre las que se asentaban, esa cultura política de la que antes hablábamos, comienzan a ponerse en cuestión. Es una distinción artificiosa, desde luego, pero puede contribuir a llamar la atención sobre

algo de lo que solo se toma conciencia cuando ya es demasiado tarde.

Y esto nos conduce a un último punto en el que no he tenido tiempo de entrar, pero que dejamos apuntado: si la tesis es correcta y caminamos hacia sociedades posliberales, ¿no será todo esto síntoma de un cierto «cansancio civilizatorio»? En su libro *La sociedad decadente*, el agudo periodista y escritor conservador Ross Douthat plantea la tesis de que podríamos estar entrando en una decadencia «débil», sin grandes transformaciones o ambiciones civilizatorias, pero sin que tampoco se produzca una caída brusca, un dulce «más de lo mismo» carente de épica y con un continuo arrastre de los mismos problemas a lo largo del tiempo; eso que otros han preferido llamar la «sociedad del estancamiento» o del fin de la modernidad lineal. Casi sin percibirlo, habríamos dado ya el salto hacia un nuevo paradigma. Confiemos que uno de los rasgos de este nuevo ciclo no sea el que aquí hemos tratado de detectar.